

R. 29700

# ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA SOLENNE APERTURA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE OVIEDO,

EN EL DIA 1.º DE OCTUBRE DE 1848,

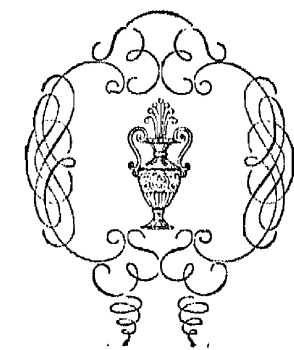
POR

el Doctor D. Juan Lozano,

*Catedrático de Historia Eclesiástica*

EN LA MISMA UNIVERSIDAD.

547745  
Luz



OVIEDO:



IMP. DE DON BENITO GONZALEZ Y COMP.

*Los errores que sucesivamente se propagan bajo el nombre de sistemas filosóficos, son altamente perjudiciales á la felicidad de las Naciones como de los individuos; aun cuando estos errores parezcan puramente especulativos. ROYER COLLARD, Fram. insiris dans les œuvres de Reid. Tom. IV. p. 354.*

## Excmo. Señor.

**E**n este día designado para la inauguración de los estudios académicos, la importancia del acto que aquí nos reúne, exigía un órgano digno, que fiel intérprete de la ciencia supiese trazar en reducido cuadro la marcha de la inteligencia en nuestro siglo, fijar su dirección, sus tendencias, apreciar debidamente sus conquistas, y elevándose hasta los principios fundamentales de los conocimientos humanos, distinguir entre la variedad y oposición de los sistemas, la senda que conduce á la verdad, objeto de las investigaciones científicas. Así el homenaje que hoy venimos á rendir á la sabiduría en su templo, no fuera, Señores, el va-

no tributo de una admiracion estéril; sería, cual debe ser, una provechosa enseñanza, que preparando el entendimiento de la juventud á las graves tareas que van á ocuparla, escitaria al paso en su corazon ese amor, ese entusiasmo por la ciencia que sabe comunicar el genio inspirado por ella misma.

Mas para describir el movimiento literario de un siglo, y de un siglo como el nuestro en que la inteligencia ha desplegado singular actividad y energia; de un siglo por otra parte tan fluctuante y tan vario, en que las ideas se suceden con suma rapidéz y siguen muy distintas direcciones, preciso era una observacion detenida, fuerzas muy superiores á las mías, una penetracion capaz de remontarse á la altura que ha alcanzado el pensamiento, de abarcar tan multiplicadas diferencias, de percibir lo que hay en ellas de constante y lijo, de atinado ó extraviado en la marcha general del espíritu humano. Feliz yo, si entre el choque de las opiniones y en medio de la agitacion intelectual que caracteriza á nuestra época, acertase á señalar la verdadera causa de los errores que ejercen en nuestros días mas general influencia: errores que disfrazados ba-

jo el brillo de seductoras teorías, circulan con profusion, causan en las ideas un lamentable trastorno, y el influjo destructor de sus doctrinas se estiende á la moral, la religion, la razon pública, á todo lo que constituye la vida de las sociedades.

Cada siglo tiene caractéres peculiares que le distinguen: hay siglos de erudicion y siglos de ciencia; siglos en que el espíritu humano laborioso y paciente recoge datos, hacina confusamente materiales, con los que otras generaciones despues levantan un magnífico edificio, y el órden, la regularidad, el concierto de las partes entre si y con el todo suceden á aquella reunion antes informe sin combinacion ni armonía. La ciencia no consiste tanto en el conocimiento de los hechos, como en el de las leyes que los determinan, del vinculo que los une. En el mundo moral y en el físico todo está enlazado con sabiduría infinita; los seres forman una cadena misteriosa ligados unos con otros por estrechas relaciones; y el plan que preside á la creacion no es menos maravilloso por su unidad fecunda, que por la variedad prodigiosa que ostenta en sus admirables producciones.

El progreso científico tiene por objeto

acercarse en lo posible á la unidad de idéa que domina en el universo: reducir lo particular á lo universal, lo transitorio á lo permanente, lo múltiplo á lo uno, hé aquí la grande obra de la inteligencia. Por eso cuanto más se cultivan los ramos del saber humano, cuanto más se adelanta en su estudio, mayor afinidad se descubre entre ellos, se acorta la distancia que los separa y se aproximan cada vez más al origen común de donde todos proceden. Las ciencias son como los planetas en el sistema de Copérnico; en las distintas órbitas que recorren, una misma fuerza las atrae, una misma luz las ilumina; y si posible fuera al hombre llegar hasta su centro inmóvil de atracción y de luz, la ciencia obtendría su perfección, sería universal y absoluta. Pero no es dado á nuestra débil razón traspasar los límites que le están prescritos: la ciencia humana es por su naturaleza parcial é imperfecta: la ciencia absoluta es una bella ilusión imposible de realizar sobre la tierra.

Esta ilusión sin embargo es el escollo de la filosofía moderna; escollo en que han naufragado célebres ingenios de nuestro siglo. La ciencia absoluta que lo explique todo y lo comprenda todo, es la quimera que

desde Fichte persigue la filosofía alemana; y los sistemas que ha dado á luz sucesivamente, no tienen otro objeto que alcanzar esa ciencia universal por medio del desarrollo de un principio único, que sea como la semilla en que estén contenidas todas las ideas. Empleando este método se propone adquirir un perfecto conocimiento de los seres y de sus relaciones esenciales, aclarar los misterios de la naturaleza y de la Teología, explicar el hombre, el universo, Dios mismo. ¡Filosofía ambiciosa y temeraria que, á pesar de los grandes talentos que la cultivaron, solo dió por resultado el absurdo! Porque el genio es débil, Señores, cuando intenta superar las condiciones de la humanidad; y el orgullo de la razón solo produce tinieblas.

El punto de partida común á estos diversos sistemas es la identidad del pensamiento y del ser; doctrina que indicada por Kant, fué desenvuelta por sus sucesores bajo diferentes aspectos. De los dos términos necesarios para todo conocimiento, á saber: el sujeto y el objeto, Kant se fijó en el primero, y sin penetrar en el interior de los objetos, los consideró relativamente á nosotros como puras apariencias de los senti-



dos. El mundo es en su sistema una serie de fenómenos, cuya realidad nos es desconocida; el entendimiento percibe estos fenómenos, ejerce sobre ellos su acción, y los conceptos que de ahí resultan no son mas que formas originarias de la inteligencia aplicadas á las intuiciones ó apariencias sensibles. Kant, es cierto, no aspiró á la ciencia absoluta; antes por el contrario, sus doctrinas eminentemente escépticas dejan sin apoyo las verdades mas firmes que reconoce la razón humana; pero el carácter puramente subjetivo que dió á la ciencia, preparó el idealismo de su discípulo Fichte y abrió el paso á su extravagante dogmatismo.

Fichte para conocerlo todo empieza por destruirlo todo, á excepcion de el mismo: queda el filósofo solo en medio de ese universo devastado, de ese vacío sin límites. El mundo real desaparece para substituirle un mundo de ilusiones; mundo que Fichte crea á su arbitrio para mejor conocerle y explicarle. Toda su filosofía se reduce á la exclusiva realidad del *yo*; y á nada, fuera de él, atribuye existencia individual y objetiva. Dios, el hombre, la naturaleza, no son en su teoría mas que el *yo* bajo distintos aspectos. El *yo* supone el *no yo*, se limi-

ta á si mismo; él no se conoce como sugeto sino oponiéndose su contrario; pero el *yo* que tiene esta facultad de limitarse, es en sí ilimitado y absoluto. El *yo* absoluto es el Dios de Fichte: el término de su filosofía el panteísmo idealista: su teoría de la ciencia una verdadera negación.

Por infundada que sea esta doctrina obtuvo sin embargo en Alemania gran crédito; pero todo el ingenio de su autor no fué capaz de sostenerla por largo tiempo: la naturaleza es mas poderosa que las sutilezas de un filósofo; y los instintos de la humanidad protestaban altamente contra ese vago idealismo, que abismado en las abstracciones de un mundo lógico, dejaba reducido el universo á una mera creación fantástica, sin vida, sin forma, sin realidad alguna.

Aniquilada por Fichte la naturaleza, la ciencia moría tambien con ella; y Schelling pretendió salvarla buscando otro principio en que fundar sus doctrinas. Admitiendo la identidad del sugeto y del objeto, no consideró el universo como parte de la inteligencia humana que se aparece á si misma bajo una forma objetiva; sinó que supuso esta misma inteligencia como el pro-

ducto de una fuerza universal que se desenvuelve en el hombre de una manera particular y determinada. En su sistema, el hombre y el mundo existen separados entre sí, pero identificados en un principio común que él llama *sugeto—objeto absoluto*: este principio se desarrolla y manifiesta en la naturaleza y en la humanidad; en aquella como objeto, en ésta como sugeto; en la naturaleza, sin conciencia de sí mismo, en la humanidad con ella. Schelling derrama por todas partes la inteligencia y la vida. Los seres forman, según él, una escala continua y homogénea en la que cada grado de existencia conduce á otro superior: el pensamiento, como una corriente perenne, circula por la naturaleza; obscuro é imperceptible en los primeros grados de la escala no tiene conciencia alguna de sí mismo; sucesivamente se esclarece, se distingue, se espiritualiza cada vez más, llega á conocerse por fin y brilla con todo su esplendor en el hombre. «La naturaleza, dice, duerme en la piedra, dormita en la planta, sueña en el animal y despierta en el hombre.»

Los principios de Schelling no son más que suposiciones sin fundamento y sin prue-

bas; su sistema está sostenido por un juego arbitrario de palabras y por el abuso de términos vagos é indefinidos. (1) ¿Cómo explicar el desarrollo del absoluto? ¿qué necesidad, qué ley determina la progresión sucesiva de la naturaleza? ¿cómo es posible conocer esa ley y demostrarla? Schelling no resuelve estas cuestiones. La intuición intelectual á que recurre, es una reminiscencia de la teoría mística de Platon; sueño brillante que halaga la imaginación, pero no satisface á la ciencia. El sistema de Schelling puede considerarse como una magestuosa poesía, más bien que la concepción sublime de un espíritu filosófico.

Hegel pretendió ser más consecuente que sus predecesores, y dar á la ciencia absoluta un rigor estrictamente lógico. La identidad del sugeto y del objeto fué llevada hasta su último límite: Hegel los expresó con una sola palabra, *la idea*. Esta es la esencia de todas las cosas, la sustancia única, sustancia viviente, que, por un movimiento progresivo nunca interrumpido, se manifiesta bajo determinadas formas de existencia. El desarrollo de la idea es la reali-

(1) Teunemann Manuel de l'histoire de la philosophie.  
2

dad; la ciencia el conocimiento de este desarrollo.

Las leyes que determinan el desarrollo de la idea forman el objeto de la Lógica de Hegel, que es en su sistema, la verdadera ciencia. Para establecer el principio fundamental de su doctrina le fué preciso trastornar las ideas mas generalmente recibidas y consideradas como base de los conocimientos humanos: la imposibilidad de que una cosa sea al mismo tiempo y no sea, esta verdad evidente, criterio de la certeza, no es admitida por Hegel como una verdad absoluta, y la limita á los objetos de la experiencia sensible, á la lógica de lo finito. El queria construir la lógica de lo infinito, y busca al efecto otro principio mas trascendental en que apoyarla: este principio es el diametralmente opuesto al de contradicción; es decir, la identidad de los términos contradictorios; de modo que el ser es idéntico á la nada, la vida á la muerte, la luz á las tinieblas. En el sistema de Hegel toda idea, todo ser, contiene una contradicción; y la union de los terminos que se oponen, es lo que constituye la existencia individual y concreta. Conforme al método del filósofo, la idea debe considerarse

en tres estados ó *momentos*, usando de su lenguaje. En el primer momento la idea se presenta de una manera simple, indefinida; es el germen que despues se ha de desarrollar: en seguida la idea se divide, pone de manifiesto la contradicción que encierra; y une por último y reasume en si los términos contradictorios.

La filosofía de Hegel comprende tres partes principales: la lógica propiamente dicha, la filosofía de la naturaleza y la filosofía del espíritu. En la lógica, se considera la idea antes de su desarrollo, en las profundidades de su esencia aun no manifestada, conforme á las leyes necesarias que la constituyen, y que se reflejan mas tarde en las épocas de la naturaleza y de la historia. La idea despues por una necesidad de su ser, se desenvuelve en la multiplicidad del mundo exterior; los elementos encontrados brotan, y la naturaleza aparece. En la *filosofía de la naturaleza* se propone su autor determinar los movimientos necesarios, las fases que experimenta la idea en los diversos grados que forman la escala de los seres: las leyes del mundo físico que Newton y Keplero solo pudieron vislumbrar por la observacion y la experiencia, Hegel preten-

de demostrarlas *á priori*, y señalar la progresion sucesiva, las transformaciones que en la esfera de la naturaleza la *idea* es capaz de recorrer. Durante una larga série de tristes siglos, la *idea* permaneció ciega é ignorante de si misma; llegada por fin á la última determinacion de la naturaleza, la *idea* vuelve sobre si, se reconcentra en la unidad de su ser y se hace espíritu. Las determinaciones de esta nueva evolucion son el objeto de la filosofía del espíritu. En la esfera del espíritu la *idea* se determina como *subjetivo*, como *objetivo* y como *absoluto*: espíritu subjetivo, se determina como antropología, fenomenología y psicología; dando lugar estas á otras nuevas determinaciones: espíritu objetivo, la *idea* se determina como derecho, moralidad, sociabilidad; espíritu absoluto, se determina en el arte, en la religion y la filosofía.

De esta manera Hegél se proponía abrazar y sistematizar el conjunto de los conocimientos humanos, sometiéndolos á un método lógico, y revistiéndolos de una forma inflexible y científica; pero todos sus esfuerzos para construir la ciencia universal, han sido tan estériles é impotentes como los de otros que le precedieron en el mismo em-

peño: luchaba con lo imposible. Schelling combatió el sistema de Hegél, á la manera que este había impugnado antes el de aquel filósofo; y ambos pusieron de manifiesto el vicio radical de sus respectivas teorías, que apoyándose tan solo en hipótesis arbitrarias, presentaban, en vez de verdades demostradas, abstracciones del pensamiento espuestas en un lenguaje simbólico y misterioso.

Por diversos y aun contrarios que parezcan los sistemas inventados para construir la ciencia universal, hay en el fondo una doctrina comun á todos, y á la que vienen á parar por diferentes caminos. Esta doctrina, este error comun es el panteísmo; término preciso é inevitable cuando la ciencia absoluta se considera posible al entendimiento humano. En tal supuesto, el método *á priori* es el único razonable; y el conocimiento científico tiene que partir forzosamente de una idea primitiva, que sea el germen de las demas, y de la cual se deriven por un desarrollo sucesivo. ¿Mas cómo el espíritu humano podrá conocer y describir esta vasta y maravillosa evolucion? Con una condicion tan solo: que el espíritu humano sea el grado superior al que se diri-





ja todo, el último círculo que envuelva y penetre todos los otros; en una palabra, Señores, que el hombre sea Dios. (1)

Así la filosofía alemana que en su ambición orgullosa, aspiraba á la ciencia universal, intentando traspasar las condiciones de la humanidad, consiguió tan solo en último resultado hacer á la ciencia contradictoria y absurda. ¿Qué és en efecto el panteísmo mas que una serie de repugnantes contradicciones, un inconcebible absurdo opuesto á la razon, al instinto intelectual y al testimonio de los sentidos?

El panteísmo, confundiéndolo todo en la sustancia única, pretende salvar en Dios la razon de ser infinito, cuando verdaderamente la destruye sometiéndola á las leyes y naturaleza de lo finito. El infinito en abstracto es nada, solo existe en cuanto se realiza; mas realizar á Dios en el universo y solo en el universo, es señalarle los límites del mundo. Las formas en que se manifieste serán varias, multiplicadas sin número; pero en vano se intentará deducir de lo limitado lo infinito. Estended sin medida los límites del espacio y del tiempo, dice un fi-

(1) *Swiss et de la philosophie, allemand.*

lósofo de nuestros dias (1), poblad esas extensiones de millones de mundos, esos siglos de multitudes humanas, dilatad sin término vuestras concepciones, no hareis mas que un ensayo impotente para traspasar lo finito; obtendreis lo indefinido, pero jamas lo infinito. El panteísmo niega inutilmente la personalidad de Dios; la razon que dá para combatirla se vuelve contra él, y sin resolver dificultad alguna, crea otras mil inconciliables y sin solucion posible. Si Dios no existe mas que en el mundo, los desórdenes, las plagas de la naturaleza, así como las querellas, los odios, las desgracias que llenan la historia, todo esto serán las discordias intestinas, las trágicas aventuras de Dios. Nuestros disgustos, nuestros temores, nuestras esperanzas frustradas, y la suprema tristeza de la muerte despues de tantos infortunios, no son entonces nuestro destino solamente, son tambien el destino de Dios que ha formado su vida de todas las nuestras y reunido en la suya todas las aflicciones. El Cristianismo, es verdad, nos presenta un Dios mártir, cargado de nuestros sufrimientos y oprimido con el peso de

(1) *Lehrb. crisis de la philosophie, allemand, Revue de deux mondes, 1843.*

nuestros dolores; pero estas miserias provienen de nuestra libre caída, y Dios solo las conoció por compasión y para satisfacer por el hombre. En el panteísmo tienen á Dios por autor; si sufre es por su culpa, si logra levantarse es para su bien mismo. Era el Señor de la existencia y no ha sabido establecerla mejor: lo que es caridad sobre la cruz aquí viene á ser impotencia ó impericia. Y todo esto en vano: Dios por mas que haga no realizará jamas el sueño de lo infinito que le atormenta; y este sueño desencantará toda su dicha y su gloria. El panteísmo promete á la tierra la felicidad divina, y no hace mas que eternizar en Dios nuestros infortunios; cree ennoblecer el universo, y no consigue mas que degradar á Dios. Pero ¿qué hablo de Dios?: Dios no existe en este sistema; el mundo está vacío de él y lleno solo de sus engañosas imágenes. El Dios que admite el panteísmo no tiene realidad, es una vana abstracción, la nada. Este es el triste secreto que por fin descubro; éste es el duelo que el universo se esfuerza en disfrazar bajo el esplendor de sus brillantes atavíos. De la nada es de donde sale todo, en ella todo se abisma, su horrorosa noche todo lo envuelve, y su tris-

te silencio me responde en lugar de Dios. El panteísmo con su vestido sacerdotal y la pompa religiosa de su palabra, no es otra cosa, considerándolo bien, que un ateísmo disfrazado.

Cuando todo se diviniza, el verdadero Dios se aniquila: lo que entonces existe, no es mas que «*la armoniosa unidad del conjunto universal que se desarrolla eternamente;*» (1) y llámese *absoluto* con Schelling, *idéa* con Hegél ó *naturaleza* con los atéos, el resultado es el mismo. El Dios del Cristianismo, y aun cual le concibe la misma razón, infinitamente superior á las criaturas, perfecto desde la eternidad, inmutable y libre, que premia la virtud y castiga el vicio; este Dios no lo admite el panteísmo; y una vez negado, el ateísmo renace con sus consecuencias no menos absurdas que impías.

La filosofía panteísta, identificando al hombre con Dios, niega hasta la posibilidad de la *revelación* en el verdadero sentido de esta palabra, y deja á la moral sin fundamento y sin regla: la distinción entre el bien y el mal no es concebible en tal

(1) Palabras de Hegél.

sistema: el fatalismo es la única ley que dirige al universo; la necesidad lo domina todo, el hombre está sometido á ella como la naturaleza; y la historia no viene á ser mas que una *eterna é inflexible geometría*.

Estraño parece, Senores, que una doctrina tan repugnante á la razon como al buen sentido haya logrado crédito en nuestros dias hasta el punto de ser el error mas general, y que se le ha llamado justamente la herejía del siglo diez y nueve. Nunca como ahora el panteismo, aunque antiguo en la historia del entendimiento humano, ha ejercido tan pernicioso influjo en la ciencia y en la sociedad. La Alemania que dirige el movimiento literario del siglo, le propagó con su filosofia en aquellos mismos países que por su carácter de individualidad, parecían menos apropósito para adoptarle. El panteismo lo invadió todo, las ciencias metafísicas y las morales, la historia, la novela, la poesía. No contento con esto, aspira todavía á mas; quiere realizarse en hechos, salir del terreno de la especulacion y obrar directamente sobre los gobiernos y los pueblos. Inoculado en las teorías socialistas, el panteismo dió á luz los sistemas de San Simon, de Fourier, del *progreso continuo*

y otras utopias que tienen todas por objeto fundar una nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua: por este medio penetró en las masas populares, las alucinó con sus promesas seductoras, y arrojó en el seno de las naciones un gérmen de rebelion y de anarquía.

Tocamos, Senores, á una de esas épocas críticas en que el error despues de haber dominado en el mundo del pensamiento, llega de abstraccion en abstraccion á las consecuencias prácticas de sus doctrinas. Al frente del abismo en que amenaza hundir los principios fundamentales del orden social, la inteligencia retrocede espantada y busca ansiosa la segura senda que debia no haber abandonado jamas. En el error hay tambien un término mas allá del cual es imposible marchar; término decisivo para la vida de las naciones estraviadas por una falsa direccion; término ante el que es preciso la reaccion hácia los sanos principios, ó la sociedad conmovida en sus bases se vé espuesta á una disolucion próxima é inevitable. El error está íntimamente eulazado con el mal, lo mismo que el bien lo está con la verdad; y los grandes desastres acompañan siempre al estravio de las idéas,

cuando estas convertidas en hechos, obran á su vez sobre el órden político y social. Llegado á este extremo, el error empieza á declinar, porque la fascinacion que había producido, se desvanece á la vista de un costoso y amargo desengaño. La filosofía atea del siglo pasado ejerció por largo tiempo su influjo en las ciencias metafísicas, en la literatura y la moral: los ánimos prevenidos á su favor, porque halagaba las pasiones, se dejaron fácilmente sorprender por ella; sobrevinieron luego los horrores de una revolución; una dolorosa experiencia hizo ver la fuerza destructora que se encerraba en el seno de aquel materialismo ateo, y la época de su triunfo sangriento fué también la de su decadencia y de su descrédito total.

La filosofía actualmente ha entrado en una via espiritualista; el ateismo, al menos con su propio nombre, es rechazado por la ciencia como por la sociedad: las teorías sociales invocan otros principios y otros medios de reorganizacion; pero á pesar del cambio verificado en las idéas, nuevos peligros, nuevos males se anuncian para un porvenir no lejano; porque el error ha sustituido á otro error, el panteísmo ha sucedido al ateísmo.

Los principios disolventes no obran del mismo modo en sus aplicaciones prácticas, aunque produzcan iguales ó análogos resultados; cada uno tiene un carácter que le es peculiar, y conforme á él modifica su acción y su movimiento desorganizador. La individualidad y una libertad anárquica fueron los móviles que puso en juego la filosofía atea para *regenerar* la Francia en el siglo último: la asociacion y el comunismo son los medios de acción que la filosofía panteísta quiere emplear para el mismo fin. Y ambos sistemas son lógicos en sus respectivas teorías sociales: el ateísmo negando á Dios, principio de todo órden, de todo derecho, de toda unidad, niega también en el hombre la sociabilidad de su naturaleza; el estado político y civil es para él una degradacion, el individualismo y la libertad del salvaje son sus tipos primitivos, las condiciones naturales de la humanidad. El panteísmo obra en un sentido inverso, pero no menos subversivo del órden social. La unidad de Dios y del mundo lleva consigo la unidad del hombre y de la sociedad: el individuo queda absorbido por la asociacion, como la humanidad lo está por la sustancia única: todos tienen igual derecho á la

participacion de los goces sociales, y la propiedad particular es un contrasentido cuando se suprime la individualidad.

El panteísmo como el ateísmo es socialmente imposible. Destruídos los fundamentos de la moral, perdido el sentimiento del derecho y de la verdadera libertad, legitimadas todas las pasiones, rotos los vínculos mas fuertes del orden social, en vano se intenta por medio de combinaciones artificiales, dar á la marcha de las sociedades un movimiento regular y progresivo: habrá en ellas inquietud, la agitacion de la anarquía; pero el progreso y aun la vida no son posibles á un cuerpo herido en el corazon: su muerte es inevitable, precedida de violentas y terribles convulsiones.

Tal es el termino fatal á que conducen las teorías socialistas. Nacidas del panteísmo quieren realizar sobre la tierra una felicidad quimérica, restablecer el paraíso perdido, y con la apoteosis de la humanidad, sancionar todas las pasiones como fuerzas divinas. Proclamando para las sociedades una nueva organizacion, empiezan por destruir en su base los mas sólidos cimientos del orden social; el sagrado derecho de la familia, la indisolubilidad del matrimonio,

todo lo que hay de mas santo y respetable entre los hombres. La religion cristiana, que tan cumplidamente satisface las necesidades morales del hombre y de la sociedad, parece demasiado espiritual á esos reformadores, ávidos de goces materiales; y en su lugar quieren substituir otra religion mas acomodada á las pasiones, un nuevo cristianismo sin culto, sin autoridad y sin dogmas. Las virtudes que mas ennoblecen al hombre, la humildad, la resignacion, el sufrimiento, la abnegacion de si mismo, virtudes heroicas, tipos de sublimidad moral que el sentimiento de acuerdo con la razon nos mueve instintivamente á amarlas, son reputadas en las doctrinas socialistas como imperfecciones de la humanidad; virtudes de esclavos que deben desaparecer en el gran dia de la *rehabilitacion*.

Para acelerar ese dia de ruinas y trastorno general, el socialismo prepara sus fuerzas, agita las masas, y no omite medio alguno que pueda ser útil á su fin. Fiel á los principios de la filosofia panteísta, declara santas las revoluciones mas sangrientas, legitimos los mas horribles atentados. ¿Qué importa el crimen, dice, si es Dios quien le comete, obedeciendo á las leyes de

su naturaleza divina? La humanidad lo es todo, y nada el hombre en particular: el individuo pasa, se estingue y como una gota imperceptible queda absorbido en el grande océano del ser: solo la humanidad sobrevive á esas parciales destrucciones. En su vida inmortal tiene que sufrir muchas transformaciones, que atravesar épocas dolorosas y fatales; pero su marcha progresiva no se interrumpirá, la humanidad se despojará de sus miserias, y llegará por fin al término de sus fatigas, á la glorificacion en la tierra.

El socialismo trabaja incansable en su obra de destruccion; y ni el sentimiento íntimo de nuestra debilidad, ni el espectáculo de la sociedad que se disuelve, de la fortuna pública que se disipa, ni las lágrimas ni la sangre que hacen derramar sus teorías, detienen á esos niveladores visionarios en la carrera de perdicion que en su ceguedad han emprendido.

En nuestros dias asistimos ya á los primeros ensayos del terrible drama que el socialismo prepara á la Europa; y si á tiempo no se evita la catástrofe, males sin cuento inundarán á las naciones, y la civilizacion en vez de adelantar, retrocederá en su curso hasta la barbarie. ¿Y qué obstáculo

podremos oponer á ese torrente desolador? ¿qué preservativo á las calamidades que nos amenazan? Uno solo, Señores, pero eficaz, poderoso: la educacion religiosa á la par que científica; la alianza de las ciencias con la fé, de la religion con la filosofía. El mal está en los entendimientos y en el corazon, y al corazon y al entendimiento hay que aplicar el remedio. En el estado actual de cultura á que llegaron los pueblos, las idéas tienen una preponderante influencia: no están encerradas en el gabinete de los sabios, ó en el estrecho recinto de las escuelas: las idéas circulan rápida y profusamente; propagándose, adquieren una fuerza prodigiosa, y son un poder terrible que agita y conmueve al mundo. Por eso la instruccion pública tan importante en todos tiempos, es sobre todo en nuestros dias de un interés vital para las naciones: ella debe ser la principal atencion de los gobiernos (y lo está siendo del nuestro con laudable é ilustrado celo); porque ella sola bien dirigida puede salvar á los pueblos del abismo en que se hundirían arrastrados por el impulso de las doctrinas disolventes.

El extravío intelectual de nuestro siglo procede del olvido de las creencias religio-

sas y del orgullo de una filosofía altanera que se ha proclamado no solo independiente de la fé, sino también superior á toda verdad revelada. Sin tener presente su propia debilidad, la razón se ha declarado única soberana en el reino de la inteligencia, y exagerando los derechos que le competen, se ha atribuido el poder ilimitado de llegar al conocimiento universal, á la esplicación absoluta de todas las cosas. Esta pretensión temeraria, muy general en la filosofía moderna, ha dado origen al panteísmo especulativo, que ha sido á su vez el fundamento de las singulares aberraciones que se notan en la marcha del entendimiento en nuestro siglo.

Lanzada la razón sin guía en los espacios de lo absoluto, menospreciando la revelación y las tradiciones de lo pasado, vaga errante y perdida en las tinieblas del caos; y sin verdad alguna en que pueda reposar, el pensamiento se agota en un trabajo incesante, construyendo cada día nuevos sistemas que destruye al siguiente para volver á renovarlos otra vez. «Ninguna época, dice un historiador de la filosofía alemana, (1) ha sido testigo de una anar-

(1) Barthelemy de Pétis. Histoire de la philosophie allemande.

«quía intelectual semejante á la que existe hoy día entre nosotros.... Una idea no tiene á su favor diez convicciones: nuevos sistemas de filosofía, nuevas doctrinas sociales nacen incesantemente para morir un instante despues »

Pero la anarquía, Señores, no es más que un estado transitorio en la historia del entendimiento como en la de las naciones. El espíritu humano tiene que volver á las vías de la verdad que ha abandonado; ó hundido en el escepticismo, agitado por la duda, como las almas atormentadas que describe Dante, su infernal torbellino le arrastrará para precipitarle por fin en aquella región de tinieblas donde jamás penetró la luz. (1)

La filosofía alemana parece, Señores, que empieza á separarse del carril abierto por el panteísmo á principios del siglo: la doctrina de Hegel que se creía inmortal, há cedido su lugar á concepciones más modernas; y Schelling, despues de haber modificado ó más bien variado enteramente su sistema antiguo, nos ha dejado en sus últimas lecciones esta importante enseñanza.

(1) Dante, Canto 5.º



«Lo que la moral romana ha dicho de lo útil, *nihil utile nisi quod honestum*, se aplica igualmente á la investigacion de la verdad: ninguna filosofia que se respete á si misma confesará que lleve á la irreligion. Sin embargo la actual filosofia se halla precisamente en situacion tal que, por mas que prometa un resultado religioso, nadie se lo concede; pues que las deducciones que de ella se sacan, convierten los dogmas del Cristianismo en una vana fantasmagoría.» (1)

No es en efecto el destino de la filosofia sostener una rivalidad funesta con la religion revelada, sino el de vivir, crecer y fructificar en santa alianza con ella. La fé no es un yugo opresor que impida el legitimo uso de la inteligencia; es mas bien una guía fiel dada á la razon para contener su extravio. *Nosce te ipsum*, era ya una máxima de los antiguos filósofos; y la religion recordando al hombre su natural flaqueza, le comunica al paso ese conocimiento de si mismo tan necesario para la adquisicion de la sabiduría. Tengamos presente,

(1) Schelling. Discurso pronunciado en Berlin el 15 de noviembre de 1841 en la apertura de su curso de filosofia.

Señores, que no es menos perjudicial á la ciencia exagerar las fuerzas de la razon que deprimirlas en demasia: en uno y otro caso la ciencia es contradictoria; porque no está en relacion con las facultades de nuestro espíritu.

La razon no abdica sus derechos sometiendo á la autoridad de la fé; antes por el contrario, hace de ellos el mas acertado uso y adquiere con la enseña divina una luz que, por si sola, la inteligencia no hubiera alcanzado nunca. ¿Qué era sinó la filosofia antes de la religion revelada? ¿qué fué despues cuando se ha separado de ella? Consultad la historia, recorred los monumentos que han legado á la posteridad la sabiduría de la India y del Egipto, las escuelas de Athenas, Alejandria y Roma. En oriente como en occidente, á escepcion de un pueblo solo depositario de la revelacion divina, veréis á los filósofos, mas poderosos para destruir que para edificar, combatirse mutuamente; multiplicarse las sectas; las verdades fundamentales de la metafisica y de la moral ignoradas ú oscurecidas; la existencia de un solo Dios reconocida por pocos y sin valor para profesarla en público; los delirios y abominaciones del pa-



ganismo justificados ó disimulados al menos; errores, extravagancias, sutilezas.... y entre tantas sombras, la luz de alguna verdad, cuyo brillo se distinguía apenas en medio de la oscuridad que por todas partes la cercaba. La razon abandonada á si misma caminaba lentamente y tropezando á cada paso; débil é impotente, no hubiera logrado jamas levantar al género humano de la prostracion moral en que yacia; y esto hacía presentir á Platon (1) la venida de una deidad bienhechora destinada á salvar las naciones con su aparicion en la tierra; divinidad á quien dirigía sus votos, para que acelerase el instante feliz en que su luz debia alumbrar al mundo sumergido en las sombras de la muerte. Este dia feliz brilló por fin; y el Cristianismo con su celestial doctrina cambió enteramente la faz de la filosofia. El fué la redencion del entendimiento cautivo bajo el yugo de los mas groseros errores, como lo fué del corazon, sometido á las pasiones y á los vicios. ¡Qué asombrosa revolucion en el espíritu humano! ¡qué diferencia entre los antiguos filósofos y los primeros apologistas! ¡qué filoso-

(1) Plato in dialog. Secundus Alcibiades.

fa tan noble, tan digna, tan sublime, la que enseñaban San Justino, Athenagoras, Lactancio, Tertuliano, Orígenes y San Clemente Alejandrino! El mundo cristiano y el mundo pagano existian juntos en frente uno del otro; pero á los ojos de la razon parecian dos mundos divididos por el espacio de siglos, y sus hombres enteramente diversos en idéas, carácter y costumbres.

La nueva direcciu que el Cristianismo dió á los estudios filosóficos se sostuvo con admirable saber por los padres de la iglesia que, salidos en gran parte de las antiguas escuelas, pusieron de manifiesto lo vano y fútil de sus sistemas: la filosofia pagana fué vencida; y los pocos sectarios que permanecieron adictos á ella, para mantenerla con algun crédito, tuvieron que reformar sus doctrinas, aprovechándose de las luces que el Cristianismo habia difundido. Los siglos que luego sucedieron son de ominosa memoria para las ciencias; una oscura noche envolvió el occidente: la irrupcion de los bárbaros propagó la ignorancia con sus conquistas: las artes, la filosofia, la literatura, todo hubiera perecido, si la iglesia no les hubiera prestado un asilo en el interior de sus templos y en el silencioso retiro de los

claustrales. Los monasterios y las catedrales fueron las únicas escuelas que conservaron los restos del saber en aquella época de tinieblas. De allí salió la luz que tanto brillo adquirió en los siglos modernos: las tradiciones filosóficas fueron salvadas por la iglesia, juntamente con la libertad y la civilización de Europa; y los lugares en que florecían las ciencias pacíficas y honradas, no eran el Liceo, la Academia ó el Pórtico, sino el Cister, Cluny, Crowland ú Oxford, refugio de las letras en la general ignorancia de la edad media. (1) A la sombra de los institutos religiosos, crecían y se formaban filósofos tan eminentes como San Anselmo en el siglo once, Santo Tomas en el trece. La filosofía es deudora á estos portentosos genios de gran parte de las glorias que se ha atribuido despues como conquista mas reciente.

Si continuamos observando la marcha del entendimiento humano en siglos mas próximos al nuestro, le veremos progresar siempre que permanece unido á las creencias religiosas, retroceder cuando se separa de ellas. Los filósofos mas célebres del

(1) *Mores catholici ó siglos de fé*. Londres. 1833.

siglo diez y siete se elevaron á las mas altas regiones de la inteligencia sin que la fé les sirviese de obstáculo; antes bien los dirigía en su vuelo. Descartes, tan mal interpretado en nuestro siglo, Leibnitz, Mallebranche, Pascál, Bossuet, Fenelon, hombres religiosos á la par que profundos pensadores, conservarán siempre, por sus grandiosas concepciones, un lugar muy distinguido en la historia de la ciencia.

Por el contrario, Señores, ved la filosofía del siglo diez y ocho, esa filosofía incrédula que empezó por combatir la religion como opresora de la libertad del pensamiento; vedla estéril, degradada, envilecida, olvidada de su noble origen sin elevarse mas allá de los sentidos, abjurando las gloriosas tradiciones del siglo precedente para arrastrarse por fin en un materialismo abyecto, en el monstruoso ateismo. Nada mas humillante para la razon que esa época de vergonzoso extravío. El universo sin Dios, el hombre sin espíritu, las pasiones sin freno, la vida en su dolor sin consuelo, la muerte sin esperanza; hé aqui todo lo que supo producir esa degradante filosofía.

Tan cierto es, Señores, que una vez roto el dique puesto á la inquietud de la ra-

zon humana, todo lo que no halaga nuestras inclinaciones viene á ser motivo de negacion ó de duda; el corazon se disecca, el sentimiento de lo bueno y de lo bello se estingue ó altera en las almas, que no obedeciendo á otro impulso que al de sus intereses privados, ciegan el manantial fecundo de las mas tiernas afecciones, de las inspiraciones mas sublimes: la filosofia entonces deja de ser la luz de los espíritus; y los pueblos que van en pos de ella, se retiran de la vida social, y toda moralidad desaparece; porque la moral sin preceptos positivos, dice *Portalis*, (1) deja á la razon sin regla: la moral sin dogmas religiosos no es mas que una justicia sin tribunales.

La filosofia no puede ser hostil á las verdades transmitidas por la enseñanza divina sin experimentar en su misma rebelion el castigo de su culpa. Las mas altas cuestiones filosóficas son tambien cuestiones religiosas: para resolverlas, la filosofia debe proceder de acuerdo con la fé; ó empeñada en seguir otro camino, se estraviará en un laberinto de errores, alejándose á cada paso mas de la verdad que busca.

(1) *Portalis*. De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique, durant le 18.<sup>e</sup> siècle.

Dios, el hombre y el universo, objetos de las especulaciones del filósofo, una vez desechada la revelacion, solo tienen tres soluciones en los diversos sistemas inventados por la razon humana; soluciones todas tres contradictorias y absurdas, á saber: el ateismo, el dualismo y el panteismo. Nuestro siglo, al separarse de la fé, no fué capaz de abrirse una nueva senda, y con todo el poder de invencion que se le atribuye, se vió precisado á marchar por una de las antiguas. Pero el ateismo no era posible cuando tan reciente estaba la memoria de sus estragos; el dualismo habia caído en descrédito despues de las tentativas hechas para restaurarle en los primeros siglos de la iglesia y por algunas sectas heréticas de la edad media: solo restaba el panteismo; se adoptó en efecto, y viéronse así renovadas las doctrinas que enseñaron los neoplatónicos en el siglo tercero, antes de ellos la escuela de Elca, y con anterioridad á esta los antiguos filósofos de la India. Ciertamente que el panteismo actual se revistió de nuevas y variadas formas, procedió por otro método, y aun pretende tambien haber llegado á resultados antes desconocidos. Bien examinadas, sin embargo, sus concepciones

filosóficas, no ofrecen tanta originalidad como se cree generalmente. Schelling no hizo mas que reproducir las doctrinas de Espinosa, prestándoles el brillante colorido de su imaginacion poética; y Hegél, á pesar de la singularidad tan ponderada de sus creaciones, ha sido, no diré un plagiario, mas si un fiel discípulo de Plotino. Ambos filósofos, el de Heidelberg y el de Alejandría, parten de un mismo principio, la indagacion de la ciencia absoluta; adoptan un mismo método, la especulacion toda racional; y convienen en unos mismos resultados, la identidad de los términos contradictorios, la del sugeto y el objeto, y la del hombre y de Dios en el seno de la idéa. (1) Si descendiésemos al exámen comparativo del panteísmo oriental con el moderno, hallaríamos tambien entre ellos curiosas y notables analogías que servirian para apreciar, bajo este punto de vista, el progreso actual de la filosofía.

Lo que importa, sobre todo, es conocer sus verdaderas tendencias sin dejarse sorprender por deslumbradoras teorías. El panteísmo no presenta siempre en toda su de-

(1) *Saisset. de la philosoph. allemand.*

formidad los principios disolventes que le constituyen; sino que, diestro, sabe insinuar sus errores, cubriéndolos con el velo de un lenguaje hipócrita y ambiguo. El principio de la identidad que profesa, le sirve admirablemente á la consecucion de su objeto; pues confundidas en una sola todas las cosas, hay derecho tambien á usar indistintamente de todas las palabras. Asi con la variedad de los nombres disfraza la verdadera significacion de las doctrinas; y ateo en el fondo, inmoral y revolucionario, se ostenta en muchas de sus producciones, religioso, amante del órden y defensor de la moralidad pública. Siguiendo esta conducta habil, le oiréis hablar del Cristianismo con respeto y veneracion profunda; enumerará y ensalzará sus beneficios, la reconocerá por la mas perfecta y la última de las religiones; mas luego, á pretesto de explicar las verdades contenidas en el símbolo cristiano, le veréis desfigurar audazmente los misterios, transformarlos en idéas filosóficas, y sustituir al genuino sentido de los dogmas una *interpretacion racional* que enteramente los destruye. A pesar de profanacion tan impia, protestará altamente la ortodoxia de su doctrina; porque su secreto

consiste en combatir el Cristianismo, conservando empero las fórmulas de la teología cristiana.

La misma táctica que emplea en el orden religioso, le sirve para disfrazar sus tendencias anárquicas en el orden político. El sistema panteísta justifica igualmente los hechos cumplidos y los que han de verificarse en lo sucesivo. Monárquico á la vez y demagogo, tributa elogios al trono como una institución veneranda de los tiempos pasados, y reserva los himnos de triunfo para la *nivelacion de las fortunas* en el porvenir. Así logró, cauteloso y astuto, aumentar el número de sus partidarios, atraerse la admiracion de hombres opuestos en opiniones políticas, y hasta conciliarse las simpatías de muchos que, á conocerle mejor, le hubieran combatido en su origen.

Hoy día que el error ha tomado dimensiones colosales, la necesidad de impedir sus efectos es generalmente sentida; pero el mal no llegará á estirparse, mientras permanezca en pie la causa que le ha producido y le sostiene todavía. Preciso es, Señores, convencerse íntimamente de una verdad, y es, que el panteísmo nació del racionalismo, y que este por sí solo no basta

para destruirle. Los argumentos que se empleen contra él, serán insuficientes, á no admitir la existencia de un orden sobrenatural incomprendible á la razon humana: é insistiendo el racionalismo en negarle y en derivar todas las verdades de los principios metafísicos, se hace en el hecho impotente para combatir las doctrinas panteístas. Mas aun: el racionalismo, á pesar suyo, se verá impulsado, atraído poderosamente hácia ellas; porque las ideas en su curso, tienen que obedecer á necesidades lógicas irresistibles. Esto explica porque la filosofía actual que no admite la revelacion divina, está mas ó menos imbuida del espíritu panteísta. El medio único de impugnarlo eficazmente, lo hé indicado ya: reconocer la influencia saludable de la religion en los estudios filosóficos: ponerlos en armonía con la suprema autoridad de la fé; y no empeñarse en exagerar los derechos de nuestra débil razon, cual si fuera dado al hombre traspasar los límites señalados á su naturaleza.

Hé aquí, jóvenes alumnos, la invariable senda que debeis seguir; y fuera de ella solo hallareis precipicios y abismos. Que los errores de nuestro siglo y de los siglos pa-

sados no sean una lección perdida para vosotros. Imitad el ejemplo de tantos sabios ilustres que os precedieron en esta misma escuela desde su fundación por el dignísimo Arzobispo D. Fernando Valdés y Salas, de respetable memoria, hasta tiempos más cercanos á nosotros: como ellos, hermanad las ciencias con la fé, la religión con la filosofía. No temáis que vuestra razón se esterilice infecunda, llevando por guía la luz de la enseñanza divina. Hoy día que se han estudiado imparcialmente las relaciones del Cristianismo con los progresos del entendimiento humano, tiempo es ya, Señores, de que las calumnias cesen. A la iglesia se le acusó inicua y deprimir con duro yugo el desarrollo de la inteligencia; y la iglesia abriendo su historia, contestó victoriosamente á las falsas imputaciones de sus detractores. La razón nunca ha progresado más, sobre todo en los estudios metafísicos y morales, que cuando participaron estos del provechoso influjo de la religión cristiana. Los sistemas que se sublevaron contra ella, nada consiguieron más que hacer retrogradar á la filosofía. ¿Qué han sustituido esos sistemas á la enseñanza sublime de la fé? ¿cómo resolvieron las gran-

des cuestiones acerca de Dios, del hombre y del universo? La historia lo dice: desecharon la luz y encontraron solo el caos y las tinieblas. La filosofía cristiana es la única que, dirigida por las verdades reveladas, nos ofrece la clave de los secretos de la naturaleza, la solución de los problemas más interesantes á la humanidad, la concordancia de todas las contradicciones de nuestra condición irregular, y la respuesta á todas las preguntas solemnes de una conciencia inquieta. (1) Esos misterios sublimes, que rechazan espíritus superficiales y orgullosos, arrojan en medio de su angusta oscuridad, una viva luz sobre el mundo moral; y sin ellos, el hombre sería para sí mismo un enigma mucho más incomprensible.

Escuchad, ó jóvenes alumnos, escuchad y grabad en vuestro entendimiento las sabias reflexiones que hace á este propósito un escritor nacional, honor de nuestra literatura contemporánea, desgraciadamente arrebatado por la muerte. «Con profunda» verdad, dijo Bacon de Verulamio, que «po-» ca filosofía aparta de la religión, y que mu-

---

(1) Wiseman. Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religión revelada.

»la filosofía conduce á ella: un estudio de-  
 »tenido de las dificultades que se objetan al  
 »Cristianismo manifiesta una verdad, que  
 »ademas, está confirmada por la historia de  
 »diez y ocho siglos: las dificultades contra  
 »la religion católica, cuando se presentan  
 »muy graves, lejos de probar nada contra  
 »ella, encierran alguna prueba que las con-  
 »firma mas y mas. El pecado original es un  
 »misterio, pero este misterio explica el mun-  
 »do entero; la encarnacion es un misterio,  
 »pero este misterio explica las tradiciones  
 »del humano linage; la fé está llena de mis-  
 »terios, pero esta fé satisface una de las mas  
 »grandes necesidades de la razon; la histo-  
 »ria de la creacion es un misterio, pero este  
 »misterio esclarece el caos, alumbra el mun-  
 »do, descifra la historia de la humanidad;  
 »todo el Cristianismo es un conjunto de  
 »misterios, pero esos misterios se enlazan  
 »por ocultos senderos con todo lo que hay de  
 »profundo, de grande, de sublime, de bello,  
 »de tierno en los cielos y en la tierra; se en-  
 »lazan con el individuo, con la familia, con  
 »la sociedad, con Dios, con el entendimien-  
 »to, con el corazon, con las lenguas, con la  
 »ciencia, con el arte. El investigador que  
 »no se acuerda de la religion, y que tal vez

»busca medios para combatirla, la encuen-  
 »tra en la entrada y en la salida de los ca-  
 »minos misteriosos, junto á la cuna del ni-  
 »ño, como al umbral de los sepulcros, en  
 »el tiempo como en la eternidad, explicán-  
 »dolo todo con una palabra, arrojando im-  
 »pasible los despropósitos de la ignorancia  
 »y los sarcasmos del incrédulo, y esperan-  
 »do tranquila que el curso de los siglos  
 »venga á dar la razon, al que para tenerla  
 »no necesitaba que los siglos empezaran á  
 »correr.» (1)

HE DICHO.



(1) Balmes. *Filosofía fundamental*. Tom. 2.º